

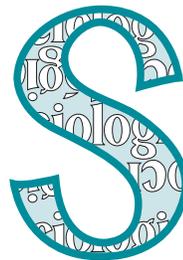
Sociológica, año 15, número 44, pp. 181-198
Septiembre-diciembre de 2000

Lecturas para mujeres en el México de los años veinte

*Elvia Montes de Oca Navas**

RESUMEN

Gabriela Mistral, poetisa chilena cuyo nombre verdadero fue Lucila Godoy Alcayaga, vino a México por primera vez en 1922, acudiendo a la invitación que le hizo José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública en el gabinete de gobierno de Álvaro Obregón. Durante los meses que Gabriela estuvo en México, hizo una compilación de fragmentos de libros escritos por autores diversos. Dicha compilación se publicó en esos mismos años con el título de *Lecturas para mujeres*. Las líneas que se presentan a continuación se dedican a analizar algunos de estos textos, especialmente los que abordan el ideal femenino de entonces.



* El Colegio Mexiquense, A. C. Correo electrónico: emontes@cmq.edu.mx

INTRODUCCIÓN

EL OBJETIVO de este trabajo es analizar el tipo de lecturas que se recomendaban para las mujeres en el México de los años veinte. Dichas lecturas eran promovidas desde los organismos gubernamentales como la Secretaría de Educación Pública, institución encargada de llevar a cabo la revolución educativa del país.

Durante la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924) se instauró en México la Secretaría de Educación Pública (SEP) y al mando de ella estuvo José Vasconcelos, uno de los ideólogos y teóricos mexicanos más importantes de este siglo. Vasconcelos invitó a la maestra, poetisa y escritora chilena Gabriela Mistral (Premio Nobel 1945) a colaborar con él.

Entre las cosas que hizo Gabriela Mistral en México se encuentra la compilación de lecturas que la SEP publicó con el título *Lecturas para mujeres*. A través de este libro se puede apreciar, entre otras cosas, y aunque sea parcialmente, cuál era el ideal femenino de entonces y cuáles los valores que las mujeres de esos años debían considerar como fundamentales de su sexo, el peso que entre ellas tenía la imagen de fiel esposa y abnegada madre, y otros preceptos compartidos con los hombres como el nacionalismo, el amor al trabajo o el respeto a los héroes nacionales, que conformaban entonces la tabla de valores de los mexicanos y, en este caso, de las mexicanas.

EL MÉXICO DE LOS AÑOS VEINTE

Antes de pasar a la revisión del texto de Gabriela Mistral, examinemos brevemente las razones de esta labor difusora de la SEP.

Al iniciarse la segunda década del siglo xx, el pueblo mexicano debía acabar con la violencia que había reinado hasta entonces, pues de lo contrario el país seguiría sumido en el atraso económico y la inestabilidad política que se habían profundizado durante los años violentos de la Revolución Mexicana de 1910. Si las demandas sociales de los revolucionarios habían sido incorporadas en la Constitución de 1917, entonces no podía retrasarse más el momento de ponerlas en práctica. Si no se hacía esto, se corría el riesgo de que nuevamente se calentaran los ánimos de los hombres y con ello la violencia no se haría esperar.

La expansión de la educación básica y su control por parte del Estado figuraron como demandas sociales fundamentales que fueron incluidas en la Constitución, y por ello era urgente convertir a la educación en palanca principal para la creación de un Estado moderno, formado por un pueblo instruido y capacitado, apto para lograr una producción y un mercado que diera como consecuencia el crecimiento económico acelerado. Se requería de una población alfabetizada y calificada para el trabajo, que tuviera acceso a las manifestaciones culturales contenidas en los libros y gusto por ellas; de ahí la necesidad de extender la educación básica por todos los rumbos del país a través de la escuela rural, las misiones culturales, la publicación de libros, la formación de nuevos profesores, la capacitación de los que estaban en ejercicio y otras medidas más.

Vasconcelos recurrió para su campaña cultural a ateneístas y a miembros de la Generación de 1915 (como Daniel Cosío Villegas), y a la de los Contemporáneos (como Carlos Pellicer). Cosío Villegas recordó así esos tiempos:

Y nos lanzamos a enseñarles a leer... y había que ver el espectáculo que domingo a domingo daba, por ejemplo, Carlos Pellicer... Carlitos llegaba a cualquier vecindad de barrio pobre, se plantaba en el centro del patio mayor, comenzaba a palmear ruidosamente, después hacía un llamamiento de voz en cuello, y cuando había sacado de sus escondrijos a todos, hombres, mujeres y niños, comenzaba su letanía; a la vista estaba ya la aurora del México nuevo, que todos debíamos construir, pero más que nadie ellos, los pobres, el verdadero sustento de toda sociedad.¹

¹ Daniel Cosío Villegas, citado por Enrique Krauze, 1985.

Al menos en el discurso, los sectores más desamparados y olvidados de la sociedad mexicana iban a ser la preocupación central del nuevo Estado, encargado de proveer los medios necesarios para elevar los niveles de vida de los más necesitados. El gobierno autoritario e inequitativo, propio del Porfiriato, debía quedar definitivamente atrás y en su lugar tenía que construirse el nuevo Estado proveedor, paternalista y protector —mismo que caería en crisis algunas décadas después, pero que antes de su decadencia conocería momentos de esplendor como el sexenio cardenista.

Parece ser que cuando la SEP estuvo dirigida por Vasconcelos, las teorías pedagógicas no representaron una preocupación central ni para el secretario ni para sus colaboradores. La inquietud de la reforma educativa encabezada por Vasconcelos no estaba en las doctrinas pedagógicas, ni en el racionalismo, el utilitarismo o el activismo pedagógico, sino en la adquisición de conocimientos e ideas que permitieran a los mexicanos construir un pueblo diferente del que había entonces. Vasconcelos mismo decía: “Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera” (Vasconcelos, 1950: 9).

Lo mismo sucedió con la laicidad de la educación, que tampoco fue un problema fundamental para Vasconcelos, como lo sería años después para la educación socialista establecida durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. Vasconcelos pensaba que con la multiplicación de las escuelas, de los maestros y de los libros, poco a poco se irían dejando las ideas y las prácticas supersticiosas y fanáticas tan comunes en las poblaciones —especialmente entre las más pobres y alejadas de las ciudades—, sin necesidad de violentar las conciencias religiosas de los mexicanos. Había que enseñar a leer a todos los mexicanos, pero también a cuidar lo que leían.

Si el profesor iba a ser el elemento central de la campaña educativa, entonces era necesario transformarlo. El ideal del nuevo profesor rebasaba al que sólo informaba contenidos científicos a los alumnos y alfabetizaba a los mayores que no sabían leer ni escribir —la gran mayoría de los mexicanos, particularmente quienes vivían en el campo—. Un maestro así, un maestro común y corriente, enseña a leer y escribir con mayor o menor dificultad, decía Vasconcelos; un verdadero maestro, específicamente los rurales, los más necesarios, además de instruir y alfabetizar, debían enseñar a todos a vivir en mejores condiciones de vida. El maestro rural tenía que enseñar al pueblo a vivir de manera más digna y en mejores condiciones materiales, para

ello era indispensable inculcar mejores formas de producción material y convivencia humana en su comunidad.

En el discurso que Vasconcelos dirigió a los maestros el 15 de mayo (día del Maestro) de 1923, les dijo:

El magisterio debe mirarse como una vocación religiosa y debe llevarse adelante con la ayuda del gobierno, si es posible; sin su ayuda, si no la presta, pero fiándolo todo en cada caso a su fe en una misión propia y en la causa del mejoramiento humano (Vasconcelos, 1950: 113).

La misión del profesor tenía que ser semejante a la de los primeros misioneros que llegaron a evangelizar el Nuevo Mundo. La escuela rural y los maestros eran los señalados como elementos claves para la transformación y el desarrollo del pueblo mexicano, y uno de los medios principales para lograrlo serían los libros, de ahí el esfuerzo editorial que Vasconcelos puso en marcha, labor tantas veces y por tantos criticada.² A un pueblo que en su mayoría era analfabeta se le iban a dar a leer libros de Homero, Platón, Eurípides, Esquilo, Dante, Cervantes, Pérez Galdós, Rolland, Tolstoi e incluso el libro *Historia Nacional* de Justo Sierra o el libro *Lecturas para mujeres* de Gabriela Mistral, un pueblo así qué iba a entender, si acaso leía algún día esos libros.

LA LLEGADA DE GABRIELA MISTRAL A MÉXICO

Gabriela Mistral publicó en México *Lecturas para mujeres*, texto dedicado ex profeso a las alumnas de una escuela hogar industrial localizada en la ciudad de México, a la que el mismo Vasconcelos le puso el nombre de Gabriela Mistral.

Ella dedicó estas lecturas especialmente a las mujeres menos calificadas para el trabajo doméstico y que asistían a las llamadas escuelas

² Entre algunos de los críticos de Vasconcelos, especialmente por los libros que entonces se imprimieron y que se distribuyeron entre los maestros rurales para que se los leyeran a sus alumnos, están por ejemplo Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano, importantes intelectuales de la época. Gómez Morín cuestionó el idealismo de Vasconcelos, para quien la transformación de las ideas era posible antes de la transformación de las condiciones materiales en las que vivían los mexicanos. Lombardo Toledano impugnaba la centralización de la labor cultural de Vasconcelos, en la que la acción transformadora de la cultura fue vista desde el centro del país y de manera homogénea, sin reconocer los distintos "Méxicos" que formaban a la nación.

hogar, en las que se enseñaba a las asistentes—todas mujeres— a ser más eficaces y productivas en el trabajo de sus casas.

Llegó a México en 1922 con el propósito de apoyar la estructuración de la nueva Secretaría de Educación. Para cumplir con su compromiso, Gabriela debía conocer lo que sucedía en este país; luego, con base en su experiencia, aportaría sugerencias útiles para el mejoramiento del sistema educativo mexicano que tanto preocupaba a Vasconcelos.

IDEAS PEDAGÓGICAS DE GABRIELA MISTRAL

Vasconcelos reconocía a Gabriela como una importante poetisa y como una buena maestra, acostumbrada al trabajo en el campo y por ello sus experiencias serían útiles, principalmente para el funcionamiento de la escuela rural mexicana que fue uno de los mejores logros de la SEP cuando estuvo bajo la dirección de Vasconcelos.

Como maestra que era, sabía de pedagogía y de los métodos para la enseñanza. Gabriela señaló la importancia que tienen la acción y la experiencia en el aprendizaje, especialmente entre los niños y los jóvenes. Frente a lo retórico y lo *difettante*, lo vivo y lo activo. Frente a la pedagogía fría y muerta, útil sólo para la formación de eruditos vacíos, ella propuso la pedagogía de la acción, viva y fresca a la manera de Dewey. “El niño llega con gozo a nuestras manos, pero las lecciones *sin espíritu y sin frescura* que casi siempre recibe, van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de un desamor hacia el estudio que viene a ser lógico” (Mistral, 1988: xvii).

Criticó a los maestros aburridos y nada entusiasmados por su trabajo. “Hombres sin agilidad de espíritu, sin imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de sus facultades, han sido generalmente nuestros maestros” (Mistral, 1988: xvii).

Esos maestros que dictaban lecciones muertas, secas; maestros incapaces de irradiar vida y alegría a los niños y a los jóvenes. “La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta” (Mistral, 1988: xvii). Una enseñanza alejada de lo vivo y de lo concreto no tenía razón de ser.

Estas citas nos muestran algunas de sus ideas pedagógicas; cómo debían ser la enseñanza, los maestros y los alumnos. Una pedagogía basada en la acción y la experiencia directa.

Gabriela visitó buena parte de México y estuvo específicamente en diversas escuelas rurales, que en su mayoría eran pobres e improvisadas. Conoció a los maestros, pobres e improvisados también. Habló con campesinos igualmente pobres, pero fundamentalmente le preocupó la condición de las mujeres campesinas. A este tipo de mujeres y a otras en condiciones difíciles de vida —como eran las mujeres pobres de las ciudades—, dedicó su texto *Lecturas para mujeres*.

LECTURAS PARA MUJERES

Para Mistral la mujer, ya fuera profesionista, obrera, campesina o simplemente “mujer”, debía su razón de ser a la maternidad, maternidad biológica como en el caso de las madres, o espiritual como en el de muchas maestras, pero finalmente maternidad. Si bien la poeta reconoció que la participación de la mujer en el ejercicio de las profesiones y los trabajos remunerados era cada vez más amplia, también sostuvo que esto traía consigo un desapego progresivo de la mujer con respecto a su hogar, y con ello una lenta pérdida del sentido de la maternidad, con todos los riesgos y peligros que esto conllevaba.

Gabriela afirmaba que las lecturas dedicadas a la mujer debían ayudarla a su mejoramiento intelectual a través de textos serios, ejemplares, con profundo valor humano. Sólo lo superior educa, no lo inferior. El mismo Vasconcelos sostenía que la cultura no debía “bajar al pueblo”, (en el sentido de calidad) para poder llegar a los sectores más necesitados, sino subir esos sectores a los niveles de las mejores y más valiosas expresiones culturales como lo era la buena literatura. Seguramente lo mismo pensó Gabriela Mistral al seleccionar los textos incluidos en *Lecturas para mujeres*.

La mujer, afirmó, tiene capacidad para analizar los grandes y profundos temas humanos, no sólo para solazarse con la “literatura galante” y superficial, o para memorizar y cantar canciones de cuna. A través de la lectura, la mujer puede adentrarse en temas tales como el trabajo, la naturaleza, la justicia social.

Gabriela Mistral dijo haber buscado tres cualidades fundamentales en los textos escogidos; en orden de importancia esas cualidades fueron: intención moral y social, belleza y amenidad. La amenidad quedó supeditada a la belleza y ambas a la enseñanza.

La mujer como forjadora del hogar, debía ser el eje fundamental para formar "...generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante, al vivificarse con la acción: se vuelva servicio" (Mistral, 1988: xvii). Gabriela no pudo hablar de ciudadanas pues en esos años la mujer mexicana aún no era considerada plenamente como tal. Durante los años veinte los ciudadanos en México con derecho a votar y a ser elegidos solamente eran los varones, por eso ella habló de ciudadanos y de mujeres como elementos sociales distintos, pero refiriéndose a todos los seres humanos.

Con respecto a los autores incluidos en *Lecturas para mujeres* —más de cien— éstos fueron de diversas nacionalidades, épocas, géneros y estilos literarios. Gabriela seleccionó textos de filósofos como Kierkegaard y Pascal, incluso hasta el mismo Vasconcelos y Antonio Caso, reconocidos por algunos como primeros filósofos mexicanos,³ y escritores tan distintos en sus estilos y temas como León Tolstoi y Rabindranath Tagore. Incluyó fragmentos de textos escritos por varios autores latinoamericanos como los mexicanos Enrique González Martínez y Alfonso Reyes, peruanos como José Santos Chocano y José Gálvez, cubanos como José Martí y Juana Borrero, uruguayos como José Enrique Rodó y Constancio C. Vigil, colombianos como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, ecuatorianos como Juan Montalvo, guatemaltecos como Domingo Estrada, nicaragüenses como Rubén Darío, argentinos como Leopoldo Lugones y Arturo Capdevila, chilenos como Pablo Neruda y Eduardo Barrios.

El latinoamericanismo de Gabriela estuvo presente en las plumas seleccionadas, pero no por ello dejó de incluir a importantes escritores de talla internacional como el francés Abel Bonnard, el español Manuel Machado, el inglés John Ruskin, el norteamericano Walt

³ Otros pensadores serán también considerados primeros filósofos mexicanos, algunos contemporáneos a Caso y Vasconcelos, como el mismo José Gaos que, a pesar de su origen español, fue en México donde produjo y difundió la mayor parte de su pensamiento filosófico; otros posteriores como Raúl Cardiel Reyes, Fernando Salmerón y el propio Leopoldo Zea, autores para quienes la filosofía no es una disciplina más, sino el resultado que obtiene el filósofo al cuestionarse a sí mismo y su labor, al plantearse como un hombre concreto, inserto en unas determinadas circunstancias, al modo de Ortega y Gasset. De tal manera que sólo se puede tener acceso a la filosofía, a partir de la toma de conciencia de la propia situación histórica que nos circunda.

Whitman, el ruso Máximo Gorki y muchos más que demuestran el amplio conocimiento que nuestra autora tenía de la literatura.⁴

Pocas fueron las mujeres escritoras incluidas en dicha antología. Aparte de algún material propio, Gabriela seleccionó otros textos producidos por mujeres, casi todos escritos en verso. Escogió fragmentos de las mexicanas Sor Juana Inés de la Cruz, María Enriqueta y Josefina Zendejas; la uruguaya Juana de Ibarbourou, las inglesas Cristina Rossetti y Ana Seweil, la italiana Ada Negri, la cubana Juana Borrero y la chilena María Monvel.

Con respecto a la época de los autores, la mayoría vivió en los siglos XIX y XX, aunque hubo algunos del XVII como la misma Sor Juana y muy pocos de periodos más lejanos como el caso de Nezahualcóyotl, poeta del México antiguo.

Si bien fueron muy diversos los escritores y los textos seleccionados, tienen en común su carácter axiológico y los valores humanos que en ellos se exaltaron, valores presentados tácitamente como válidos para todo tiempo y lugar.

En el texto de Gabriela Mistral se reconocieron valores humanos considerados universales e iguales para todos los hombres y todas las mujeres, tales como el trabajo honrado, el patriotismo, el amor y el cuidado por la naturaleza, el amor a la vida y a la belleza y otros más. También se enaltecieron héroes reconocidos como importantes en la construcción de las naciones, como lo fueron Hidalgo y Cuauhtémoc para México.

ESTRUCTURA DEL TEXTO

Gabriela Mistral inició su libro con las lecturas comprendidas en un apartado titulado *Hogar*. En él, incluyó textos que abordaron el ideal de lo que era la casa y la familia y, especialmente, la mujer y la maternidad.

⁴ En los años veinte se publicó en Costa Rica la revista *Repertorio Americano*, en la que colaboraron reconocidos escritores latinoamericanos como la propia Gabriela junto al mismo Vasconcelos, Alfredo Palacios, Pedro Henríquez Ureña, Juana de Ibarbourou y muchos más. Uno de los propósitos de esta revista y de sus colaboradores fue, además de su carácter antiimperialista, difundir la producción intelectual hispanoamericana, especialmente la literatura latinoamericana; de ahí probablemente la abundante inclusión de autores latinoamericanos que Gabriela hizo en sus *Lecturas*.

Lecturas para mujeres está dividido en cinco apartados: *Hogar*, dividido a su vez en dos incisos: la casa y la familia, y maternidad; el segundo se llama *México y la América Española*, el tercero *Trabajo*, el cuarto lo tituló *Motivos espirituales* dividido a su vez en siete secciones: la caridad, literatura y artes, la vida superior, la voluntad, los muertos, la alegría y motivos de Navidad. El quinto apartado lo tituló *Naturaleza*, dividido en cuatro incisos: la tierra, motivos del mar, la vegetación y animales. En total están incluidas 227 lecturas repartidas del siguiente modo: *Hogar* 53 lecturas (23.4%), *México y la América Española* 47 (20.7%), *Trabajo* 10 (4.4%), *Motivos espirituales* 69 (30.3%), *Naturaleza* 48 (21.2%).

Estas lecturas, fragmentos casi todos de obras mayores, fueron escritas por 121 autores, cuatro de ellos anónimos (3.3%). Con respecto a la nacionalidad de los escritores, Gabriela seleccionó 66 europeos (54.5%), 49 (40.5%) americanos (de los cuales 46 fueron latinoamericanos), y dos asiáticos (1.7%).

CONTENIDO DE ALGUNAS LECTURAS

Respecto al contenido de los textos, seleccioné algunos cuyos valores exaltados se referían casi siempre a las diferencias “naturales” de los sexos. Los sexos son diferentes y complementarios “...locos son los que hablan de igualdad si no son en nada iguales”, escribió John Ruskin, y agregó que el hombre (el varón): “Es propiamente el actor, el creador, el descubridor, el defensor. Su intelecto está orientado hacia la especulación y la invención; su energía hacia la aventura, la guerra y la conquista, dondequiera que la guerra es justa, dondequiera que la conquista es necesaria” (Mistral, 1988: 5). En cambio, la mujer no era considerada para la batalla, la creación o la invención, sino para “el orden y el arreglo”. “Por su misión y por su puesto será protegida contra todo peligro y toda tentación” agregó Ruskin (Mistral, 1988: 6).

La casa como refugio de paz, escudo contra todo error, duda y división; y la mujer como su guardián. La mujer: “Debe ser paciente, incorruptiblemente buena, instintiva, infaliblemente sabia —sabia, no para su propio provecho, sino por la renuncia de sí misma; sabia, no de modo que se haga superior a su marido, sino de modo que no pueda faltar nunca a su lado; sabia, no con la mezquindad del orgullo

insolente y sin amor, sino con la nobleza apasionada del sacrificio modesto infinitamente variable por ser de utilidad infinita— la verdadera inconstancia de la mujer” (Ruskin en Mistral, 1988: 6). La mujer variable no como voluble y sin voluntad, sino como llama que ilumina todo aquello sobre lo que se posa. La mujer como guiadora de la familia y quien desempeña su papel de una manera “natural”, “instintiva”, donde la reflexión y el pensamiento no son las fuentes principales que explican su actuación.

Las cualidades y las virtudes de las mujeres debían ser la serenidad, la belleza, la dulzura, el temor de Dios. Así: “Somos más hijos tuyos [se refiere a las madres], seguimos ceñidos contigo, como la almendra está ceñida en su vainita cerrada” (Mistral, 1988: 12).

Los textos exaltan a la mujer madre y esposa fiel y abnegada, tierna y sacrificada. Sin embargo, la misma Gabriela Mistral en algunos textos que escribió para este libro, junto con otros pocos, presenta una imagen femenina un tanto distinta de la anterior, e incluso hay una crítica, aunque tímida, hacia la imagen tradicional de la mujer. Ella escribió:

Con él [el rebozo], la india ata sin dolor, lleva blandamente su hijo a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve, como lo envolvió, dentro de su vientre, un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva al mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestras, las jornadas más largas: quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía... (Mistral, 1988: 61).

Ese *todavía* puede significar una esperanza futura de llegar a convertirse en un ser pleno.

Por otro lado, escribió: “Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, porque para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo” (Mistral, 1988: 90). Nuevamente para Gabriela la maternidad de la mujer era su razón de ser y la constituía en su esencia: “*Para mí [Gabriela] la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia*” (Mistral, 1988: xvi).

La madre “formadora” de sus hijos, y por supuesto que también de los hombres, de los cuales no debía admirarse ni desconocer

después, ya que, “De vosotras salieron; vosotras los cargasteis mientras no pudieron caminar; vosotras los trajisteis de la mano”, escribió el uruguayo Constancio C. Vigil.

En esas labores educadoras y organizadoras de la madre, responsable del cuidado e integración de la familia, la religión tenía un papel fundamental. Así como Dios era el cuidador del universo, de semejante manera la madre era el Dios del hogar “...aunque existe el Dios bueno del mundo, la madre es el Dios bueno de la casa”, así escribió Charles Louis Phillippe en uno de los textos.

La fidelidad de la mujer era parte “esencial” de su ser, por eso Salomón escribió en los *Proverbios* “El corazón de su marido está en ella confiada y no sufrirá despojo. Daráale ella bien y no mal todos los días de su vida” (Mistral, 1998: 19).

El himno que Mistral compuso para que fuera cantado por las alumnas de la escuela que llevaba su nombre se inició pidiendo al Creador que las iluminara con su luz y en dos de las estrofas se lee:

Somos planteles de hijas todavía;
haznos el alma recta y poderosa
para ser dignas en el sumo día
en que seremos el plantel de esposas.

Oh, Creador de manos soberanas,
sube el fruto en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas.

REFLEXIONES PROPIAS

Con su antología, Gabriela Mistral defendió en buena medida la especialización genérica en las formas de participación social. Fomentó, a través de sus lecturas seleccionadas, un sistema de valores también genérico, formas de evaluación genérica que implican una jerarquía y un orden también genérico.

Así, hombres y mujeres estaban determinados genéricamente, con un significado dado por su propio sexo y de ahí el lugar que debían ocupar en la sociedad, donde la subjetividad y la intersubjetividad de cada sujeto se construían de acuerdo con su género y, como señala Marcela Lagarde, sobre el sexo se construye el género y así se determinan

las formas de participar en el mundo. Cada sujeto queda determinado por su género, tiene un cuerpo significado por su sexo y por eso ocupa un lugar en la sociedad.

En algunos de los textos escritos y seleccionados por Gabriela Mistral sobre los géneros, se difundió una ideología que reforzó una relación de poder, oposición y subordinación que dio como resultado una relación asimétrica de dominio entre los géneros. A la mujer había que protegerla de todo peligro y tentación, su casa como refugio y el varón como su única salvaguarda, casi a la manera del Jehová del *Viejo Testamento*, al referirse a él como el escudo y la fortaleza del creyente.

Y la religión como reforzadora de esa organización genérica patriarcal, construida para asegurar la subordinación e indefensión de unas con respecto a los otros, donde el dominio sexual y la fuerza física eran los derechos más arraigados por ser los medios más elementales de poder en la sociedad, pues en ella las relaciones entre los sexos son compulsivas y la condición de género llega a ser considerada como “natural”, “inmutable”, “eterna” y “sin historia”.

“La diferencia biológica sexual, al pasar por la cultura de la ley del patriarcado, se transforma en asignación de género: masculino o femenino...” (López, 1995: 13), esto bajo un supuesto fundamental: la existencia de una naturaleza o una esencia de la feminidad y de la masculinidad. Estas posiciones esencialistas de lo masculino y lo femenino apagan la posibilidad de crítica y cambio desde el punto de vista de las mujeres; así se creó el eterno femenino que las mujeres mismas incorporaron a la visión de sí mismas.

El sexo entendido como un hecho biológico definido, entre otras cosas por el número de cromosomas que cada quien posee, presenta una dicotomía excluyente: es macho o es hembra. El *género* entendido como lo que designa lo masculino y lo femenino sin hacer referencia necesariamente a lo anatómico, como sí a lo cultural y aprendido que en cada sociedad se señalan como los contenidos específicos de ser hombre o ser mujer, y que a través del dominio y también del consenso se imponen como estereotipos de lo que significa ser hombre y lo que significa ser mujer, como si siempre hubiera sido así y no hubiera otra forma distinta de ser; entonces, quien se sale de “lo normal” merece el rechazo y la crítica. Así se impone una visión genérica del mundo y de la sociedad, que va desde el grupo hasta el individuo.

En las *Lecturas para mujeres* no se abordó a la mujer individual, circunstanciada, sino a la madre, la esposa, la mujer, acaso la india, pero no los hombres y las mujeres que vivimos en determinadas condiciones económicas y sociales, que pertenecemos a cierta clase social, casta, nación o etnia; que hablamos determinada lengua o que profesamos alguna religión, que regimos nuestro pensar y actuar conforme a cierta ideología, que tenemos determinadas condiciones de salud, educación y trabajo; éstos y muchos elementos más de los cuales cada uno de nosotros somos una síntesis que nos construye y nos constituye como individuos distintos.

En algunas de las lecturas del libro de Gabriela Mistral se deduce que una de las responsabilidades principales de la mujer era conservar la condición de los géneros conforme a una sociedad jerarquizada y dominada por los varones. La maternidad de la mujer la lleva “naturalmente” a conformar a los sujetos de los géneros de la siguiente generación, por eso ella misma escribió: “Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, porque para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo”.

El trabajo y profundo orgullo de la mujer consistía también en construir los géneros desde los primeros años y a lo largo de toda la vida de los hijos, para normar su posición en la vida y su relación con los demás. La madre se convertía así en especialista de la pedagogía de género, cónyuge y todas las otras relaciones de parentesco, en un largo proceso de continuación y reproducción, no de recreación. La madre era la funcionaria del género en un mundo inventado especialmente por el varón, “¿cuál será la mejor manera para no continuar siendo las educadoras del proyecto educativo del patriarcado?” (Nava, 1999: 30). Podría ser la constitución de la autonomía, tenerse a sí misma como centro de su existencia dentro de sus circunstancias, un tanto a la manera de María Zambrano cuando en *Claros del bosque* escribe:

Con ello se supera ese extraño desdoblamiento como conocer, como sentir y pensar, alcanzándose la unidad del *sentir iluminante*, del sentir que es directamente, inmediatamente conocimiento sin mediación alguna. El conocimiento puro que nace en la intimidad del ser, que lo abre y lo trasciende (citado por Ortega, 1994: 48-49).

Darse cuenta de que la condición de las mujeres es producto de la historicidad, que no es cualidad innata y eterna, aquella que especia-

liza a los sujetos y que los hace diferentes, dejar de ser hombres y mujeres entre los que prevalecen las diferencias no como el derecho que todos tenemos a ser distintos e iguales, sino vividas y entendidas esas diferencias como contradictorias y antagónicas, que establecen una jerarquía inequitativa. La vida cotidiana entre los sexos logra ser tan distinta que los participantes llegan a verse como extraños entre sí, entonces la posibilidad de un mundo constituido por hombres y mujeres congregados en diálogo será cada vez más difícil de lograr, y esto será mientras prevalezca la compulsión y el dominio.

Graciela Hierro en la nota preliminar que escribió para el libro de Marcela Lagarde apuntó: “Descubrir nuestros cautiverios es el primer paso para abandonarlos”, y para lograrlo las mujeres debemos darnos cuenta que: “La condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico: ser de y para lo otros” (Lagarde, 1990: 18).

Los “modelos” de hombres y mujeres contenidos en algunas de las lecturas recopiladas por Gabriela Mistral corresponden casi todos a estereotipos viriles, en donde los lectores, especialmente las lectoras, deben identificarse y ubicarse. En estos estereotipos las diferencias individuales no existen, los grupos y sexos son vistos como indiferenciados sin reflexionar que, entre más se constituyen los particulares, más se cuestiona la globalidad.

En la sociedad patriarcal, por convención cultural, al sujeto universal que representa a toda la especie se le denomina: “hombre”. La mujer aprende a ser mujer como aprende el lenguaje; con él se forma el pensamiento simbólico de los hombres y de las mujeres, y los niños construyen sus propias narraciones e imágenes de acuerdo con los esquemas de fabulación que están presentes en los adultos.

En este momento hermenéutico, interpretativo, en que diferimos del sentido fijado por un modelo transmitido de lectura y tenemos otra “visión”, estamos siendo disidentes. Es precisamente una desviación o producción de sentido la que se origina al leer conscientemente “como una mujer”, es decir al inscribir en el proceso de interpretación un yo-mujer, una lectora hipotética ideal, un sujeto sexuado que incorpora a la hermenéutica interpretativa su experiencia genérica, transformando así el sentido dado (Luna, 1996: 19).

En conclusión, leer como mujer lo escrito ex profeso para ella, exige revisar los valores contenidos, los juicios de valor moral, estético

e ideológico construidos en esas producciones y que prefiguran en canon. La lectura de las mujeres debe ser resistente a los estereotipos y mitos con los que se construye “el ideal femenino”.

Leer como una mujer significa revisar axiológicamente, desde una perspectiva feminista, las lecturas y modos de lectura que nos han configurado como lectores, y que nos han transmitido simultáneamente modelos de identidad sexual mediante roles o estereotipos sociales, arquetipos y mitos (Luna, 1996:24).

Gabriela Mistral se propuso ofrecer a las mujeres otras lecturas diferentes de las calificadas por ella como “galantes”, intrascendentes y hasta cursis, y ofrecerles materiales de reflexión y toma de conciencia, pero finalmente terminó, en buena parte de las lecturas, apoyando también el ideal femenino de esposa fiel y madre abnegada. Aquí es conveniente recordar a Simone de Beauvoir cuando escribe: “La fidelidad y la lealtad son las virtudes humanas más grandes de la vasalla” (Beauvoir, 1990: 274). Los géneros hasta hoy no han compartido el mundo por partes iguales; el problema es si este estado de cosas debe continuar y perpetuarse. Y no se me diga que pienso así por ser mujer. Junto con Simone de Beauvoir diré lo pienso así, porque es verdadero.

Sería interesante saber el efecto que estas “lecturas para mujeres” produjo en los varones porque, “...cabría preguntarse si la imagen de la mujer en la literatura no ha estado también diseñada para agradar a un lector ideal también masculino oculto tras el modelo especular de una lectora, pero presente en la representación como perspectiva y punto de vista” (Luna, 1996: 27).

Más que lecturas para reflexionar sobre temas diversos, lo cual sólo lo han hecho los varones, la literatura de y para las mujeres debería estar dirigida al fomento y cauce de una voluntad de reivindicación y decisión para dejar de ocupar el puesto que “el otro” le ha asignado a la mujer, y que a veces le hace “la gracia” de dejarla ocupar, pero que no se le reconoce como un derecho legítimamente logrado.

El temor que muchas tenemos de leer como mujeres, es que finalmente sea la soledad nuestra única compañera. Que tanto los sujetos masculinos como los femeninos se alejen de nosotras por temor a la contaminación, pero creo que como lo afirma Daniel Cazés: “El precio que pagan las mujeres por cuestionar al hombre no es la soledad sino la libertad” (cit. por Gámez, 2000: 1-C). Otro gran triunfo que las mujeres podemos alcanzar al cuestionar el sistema patriarcal en el que muchas de nosotras vivimos es el dejar de *ser para otros* y lograr el ser para sí.

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de
1990 *El segundo sexo*, Alianza Editorial Mexicana/Siglo Veinte, México, vol. 1.
- Claro Tocornal, Regina
1999 "Presencia chilena en la educación mexicana durante el gobierno de Obregón: Gabriela Mistral y José Vasconcelos", en *Cuadernos Americanos*, México, Nueva Época, año XIII, núm. 78, noviembre-diciembre, pp. 123-136.
- Devés Valdés, Eduardo
1999 "La red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920: (relaciones y polémicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, el Repertorio Americano y otros más)", en *Boletín Americanista*, Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, Sección de Historia de América, año XL, núm. 49, pp. 67-79.
- Gámez, Silvia Isabel
2000 "Ser hombre en México", en Suplemento "Cultura", *Reforma*, México, 6 de marzo.
- Krauze, Enrique
1985 *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México.
- Lagarde, Marcela
1990 *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación General de Estudios de Posgrado, México.
- López González, Aralia
1995 "Justificación teórica: fundamentos feministas para la crítica literaria", en Aralia López González, coord., *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX*, El Colegio de México, México.
- Luna, Lola
1996 *Leyendo como una mujer la imagen de la mujer* (Pról. Iris M. Zavala), Anthropos/Junta de Andalucía, Barcelona.
- Mistral, Gabriela
1988 *Lecturas para mujeres*, Porrúa (Colección "Sepan Cuantos..."), núm. 68, México.
- Nava Pérez, Clementina
1999 "El incesto: una pregunta abierta", en *GénEros*, Asociación Colimense de Universitarias, Universidad de Colima-Centro Universitario de Estudios de Género, año 4, núm. 12, junio, pp. 23-31.

Ortega Muñoz, Juan Fernando

1994 *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Prado, Gloria

1992 *Creación, recepción y efecto. Una aproximación hermenéutica a la obra literaria*, Diana, México.

Vasconcelos, José

1950 *Discursos 1920-1950*, Ediciones Botas, México.